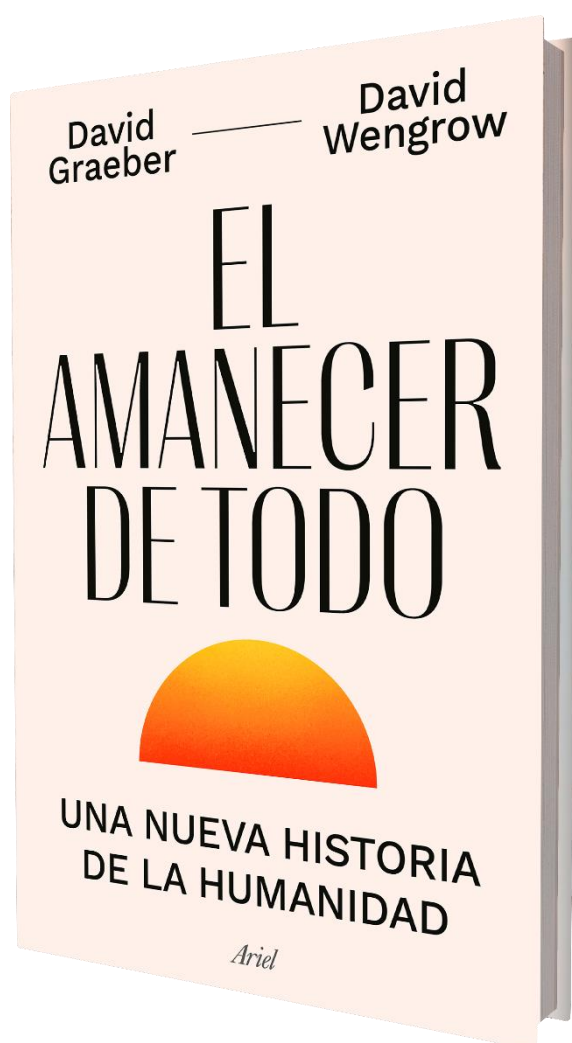


Ariel



**David Graeber
David Wengrow**

**EL
AMANECER
DE TODO**

**Una nueva historia de la
humanidad**

A LA VENTA EL 11 DE OCTUBRE

DAVID WENGROW DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS

*Material embargado hasta su publicación

Para ampliar información, contactar con:

**Erica Aspas. Responsable de comunicación Área Ensayo
689 771 980 - easpas@planeta.es**

SINOPSIS

Una mirada inédita y desafiante que desmonta las principales teorías evolutivas de la historia

Durante generaciones hemos visto a nuestros antepasados más remotos como seres primitivos, ingenuos y violentos. Se nos ha dicho que solo era posible alcanzar la civilización sacrificando libertades o domesticando nuestros instintos. En este ensayo, los reconocidos antropólogos David Graeber y David Wengrow demuestran que estas concepciones, que surgieron en el siglo XVIII, fueron una reacción conservadora de la sociedad europea ante las críticas de los intelectuales indígenas y que no tienen un aval antropológico y arqueológico.

En el rastreo de esta falsa línea de pensamiento, este libro defiende que las comunidades de la prehistoria eran mucho más cambiantes de lo que se ha pensado; un planteamiento que desarticula los relatos fundacionales más arraigados, desde el desarrollo de las ciudades hasta los orígenes del Estado, la desigualdad o la democracia.

El amanecer de todo es una nueva historia de la humanidad, un texto combativo que transforma nuestra comprensión del pasado y abre camino para imaginar nuevas formas de organización social. Una obra monumental que cuestiona las ideas de pensadores como Jared Diamond, Francis Fukuyama y Yuval Noah Harari. **Porque la suposición de que las sociedades se vuelven menos igualitarias y libres a medida que se hacen más complejas y «civilizadas» no es más que un mito.**

LOS AUTORES

David Graeber fue doctor en Antropología y profesor del Goldsmiths College de Londres. Con un largo historial de activismo y compromiso político, colaboró en medios como *The Nation*, *The Guardian* o *Harper's Magazine*, entre otros. En 2006 la London School of Economics le reconoció como un destacado antropólogo que transformó radicalmente el estudio de la cultura. Entre sus libros destacan *En deuda*, *La utopía de las normas* y *Trabajos de mierda*, todos publicados en Ariel.

David Wengrow es profesor de Arqueología Comparada en el University College de Londres. Entre 2001 y 2004 obtuvo la beca Henri Frankfort del Warburg Institute y la del Christ Church College de Oxford. Ha realizado excavaciones arqueológicas en África y Oriente Medio, y entre sus libros destaca *What Makes Civilization?*



EXTRACTOS DE LA OBRA

¿ES POSIBLE UNA SOCIEDAD IGUALITARIA?

«Una de las asunciones de nuestro sistema económico es que los humanos son, por naturaleza, criaturas malvadas y egocéntricas que basan sus decisiones en el cálculo cínico y egoísta en lugar de en el altruismo o la cooperación; en cuyo caso, lo mejor a lo que podemos aspirar es a controles internos y externos más sofisticados para nuestro impulso al parecer innato hacia la acumulación y el engrandecimiento. La historia de Rousseau de cómo la humanidad cayó en la desigualdad desde un estado original de inocencia igualitaria parece más optimista (al menos había algo mejor desde lo que caer), pero hoy en día se emplea sobre todo para convencernos de que, aunque el sistema en el que vivimos es injusto, lo más realista a lo que podemos aspirar es a parchearlo un poco. A este respecto, el término desigualdad resulta muy esclarecedor.»

«En esta visión de la vida, la sociedad humana se basa en la represión colectiva de nuestros instintos más bajos, una represión que se vuelve aún más necesaria desde que los humanos vivimos en grandes concentraciones de personas en el mismo lugar. **El moderno hobbesiano, pues, sostendrá que sí, que vivimos la mayor parte de nuestra historia evolutiva en grupos pequeños, que se entendían sobre todo debido a un interés común en la supervivencia de su descendencia** (inversión parental, en terminología de la biología evolutiva). **Pero ni siquiera estos grupos estaban basados en sentido alguno en la igualdad.**»

«Desde el crac financiero de 2008 y los desórdenes que lo siguieron, la cuestión de la desigualdad —y, con ella, la historia a largo plazo de la desigualdad— se ha convertido en un candente tema de debate. Ha surgido algo así como un consenso entre intelectuales e, incluso, parecería que entre las clases políticas, de que **la desigualdad social ha escapado a todo control, y de que la mayoría de los problemas del mundo son consecuencia, de un modo u otro, del abismo cada vez más grande entre los que tienen y los que no.**»

«¡El 1 por ciento más rico de la población posee el 44 por ciento de la riqueza mundial!», pero también permite hacer todo esto sin enfrentarse a ninguno de los factores que la gente suele objetar a disposiciones sociales tan “desiguales”: por ejemplo, que **algunos consiguen convertir su riqueza en poder sobre los demás**; que a otras personas se les dice que sus necesidades no son tan importantes y que sus vidas no tienen valor intrínseco.»

«Pero, si quiere crear una sociedad genuinamente igualitaria hoy en día, va a tener que **buscar el modo de regresar a pequeñas tribus de recolectores sin propiedades personales de importancia.** Dado que una sociedad de recolectores exige una amplia cantidad de terreno, **esto implicaría la necesidad de reducir la población en un 99,9 por ciento.** De otro modo, lo mejor a lo que podemos aspirar es a ajustar el tamaño de la bota que tendremos siempre sobre el cuello o, quizá, a obtener un poco más de margen de maniobra para que algunos podamos escapar temporalmente a su presión.»

LA AGRICULTURA COMO IMPULSORA DE LA DESIGUALDAD

«Para Diamond y Fukuyama, como para Rousseau siglos antes, lo que acabó con esa igualdad —en todas partes y para siempre— fue la invención de la agricultura, y los

mayores niveles de población que esta permitió. La agricultura trajo la transición de “bandas” a “tribus”. La acumulación de superávit alimentario permitió el crecimiento de la población, que llevó a algunas tribus a desarrollarse en forma de sociedades jerárquicas conocidas como “jefaturas”. Fukuyama traza una imagen casi explícitamente bíblica de todo este proceso, como un abandono del Edén: “A medida que pequeñas bandas de seres humanos migraban y se adaptaban a diferentes entornos, comenzaban a salir de su estado de naturaleza y a desarrollar nuevas instituciones sociales». Libraban guerras por recursos. Estas sociedades, adolescentes y desgarradas, iban claramente por mal camino. Era el momento de crecer y designar algún líder. Comenzaron a surgir jerarquías. No tenía sentido resistir, dado que la jerarquía —según Diamond y Fukuyama— es inevitable desde el momento en el que los humanos adoptan formas de organización grandes y complejas. Incluso cuando los nuevos líderes comenzaron a actuar mal —esquilmando el excedente agrícola para impulsar a sus lacayos y familiares; haciendo que su estatus fuera permanente y hereditario; coleccionando cabezas como trofeo y harenes de esclavas; arrancando los corazones de sus rivales con puñales de obsidiana— ya no había marcha atrás.»

«Ciertamente, puede decir la objeción, **es posible que la agricultura no haya cambiado todo de un día para otro, pero con seguridad allanó el camino para posteriores sistemas de dominación.** ¿No era, acaso, mera cuestión de tiempo? **¿Acaso la posibilidad de almacenar grandes excedentes de cereal no era una trampa tendida?** ¿No era inevitable que tarde o temprano algún guerrero-príncipe como Narmer el egipcio comenzase a almacenar reservas para sus esbirros? Una vez que lo hizo, la suerte estaba echada. Reinos e imperios rivales cobrarían existencia en poco tiempo. Algunos de ellos hallarían los medios para expandirse; insistirían en que sus súbditos produjeran cada vez más cereal, y esos súbditos crecerían en número, incluso si el número de pueblos libres restantes permanecía estable. Una vez más, **¿no era solo cuestión de tiempo que uno de esos reinos (o, como acabó sucediendo, un buen montón de ellos) encontrase una fórmula de éxito para conquistar el mundo —la combinación adecuada de armas, gérmenes y acero— e impusiera su sistema a todos los demás?»**

COMUNISMO Y LIBERTAD INDIVIDUAL

«No obstante, **hay otra manera de emplear la palabra comunismo: no como un régimen de propiedad, sino en el sentido original de “de cada uno según sus capacidades; a cada uno según sus necesidades”.** Existe también un “comunismo” mínimo, de base, que se aplica en todas las sociedades; el sentimiento de que, **si las necesidades de otra persona son suficientemente grandes** (por decir algo, se está ahogando) y el coste de satisfacerlas es suficientemente modesto (por ejemplo, te piden que les echés una cuerda), **toda persona decente accederá a ayudar.** Se podría considerar que el comunismo de base de este tipo constituye la base misma de la sociabilidad humana, dado que negaríamos este trato tan solo a nuestros peores enemigos. Lo que varía es hasta qué punto uno siente que ha de extender este comunismo de base. En muchas sociedades —y las sociedades americanas de la época parecen encontrarse entre ellas— habría sido inconcebible negarse a una petición de comida. En el caso de los franceses del siglo XVII en Norteamérica, este no era, claramente, el caso: el alcance de su comunismo de base parece haber sido muy limitado, y no llegaba a la comida ni al refugio, algo que escandalizó a los americanos. Pero, así como anteriormente presenciábamos un enfrentamiento entre dos conceptos muy diferentes de igualdad, aquí estamos presenciando un enfrentamiento entre dos tipos distintos de

individualismo. Los europeos luchaban constantemente entre sí por tener ventaja; **las sociedades del norte de los Bosques Orientales, en contraste con esto, garantizaban a sus miembros los medios para tener una vida autónoma, o al menos se aseguraban de que ningún hombre o mujer tuviese que subordinarse a otro. En tanto podamos hablar de comunismo, este existía no en oposición, sino en apoyo a la libertad individual.** Lo mismo podía decirse de los sistemas políticos indígenas que los europeos se encontraron por gran parte de la región de los Grandes Lagos. **Todo funcionaba para asegurar que nadie viese su voluntad subyugada por la de otro.** Tan solo con tiempo, a medida que los americanos aprendían más acerca de Europa, y los europeos comenzaban a considerar la posibilidad de trasladar los ideales americanos de libertad individual a sus propias sociedades, el término igualdad comenzó a ganar terreno como característica del discurso entre ambos.»

PROGRESO COMO SINÓNIMO DE ESCLAVITUD

«Jean-Jacques Rousseau nos dejó una historia de los orígenes de la desigualdad social que se sigue contando y volviendo a contar, en un sinfín de variaciones, hasta la actualidad. **Es la historia de la inocencia original de la humanidad, y de su inadvertida despedida del estado de prístina sencillez en un viaje de descubrimiento tecnológico que acabaría garantizándonos tanto nuestra “complejidad” como nuestra esclavitud.** ¿De dónde salió esta ambivalente historia de la civilización?»

«La fascinación por la cuestión de la desigualdad social era relativamente nueva en el siglo XVIII, y estaba muy relacionada con el shock y la confusión que siguieron a la introducción de Europa en una economía mundial en la que había sido un actor de escasa importancia.»

«Durante la Edad Media, la mayor parte de las personas de otras partes del mundo que sabía algo acerca del norte de Europa la consideraba una región atrasada, oscura y poco acogedora, llena de fanáticos religiosos que, más allá de ocasionales ataques a sus vecinos (las cruzadas), eran en gran parte irrelevantes para el comercio y la política mundiales.»

«Que los indígenas americanos vivían en sociedades generalmente libres —y que los europeos no— nunca fue un asunto de debate serio en aquellas discusiones: ambos bandos aceptaban que era así. En lo que diferían era en si la libertad individual era o no algo deseable.»

EL MITO DEL “SALVAJE” LIBRE

«Hoy en día es casi imposible que nadie que viva en una democracia liberal se pronuncie en contra de la libertad, al menos en abstracto (en la práctica, por supuesto, las ideas suelen matizarse mucho más). Este es uno de los legados duraderos de la Ilustración y de las revoluciones americana y francesa. La libertad personal, tendemos a creer, es inherentemente buena, incluso si algunos de nosotros tendemos a creer que una sociedad basada en la libertad individual total (una que la llevara tan lejos como para eliminar la policía, las prisiones y todo tipo de aparato coactivo) caería de inmediato, presa del caos violento. **Los jesuitas del siglo XVIII, ciertamente, no compartían esta noción. Tendían a contemplar la libertad individual como algo propio de animales.** En 1642, el misionero jesuita Le Jeune escribió acerca de los montagnais-naskapi: **“Imaginan que deben, por derecho de nacimiento, disfrutar de la libertad de los caballos salvajes, sin rendir homenaje a absolutamente nadie, excepto cuando lo desean.** Cien veces me han

reprendido porque tememos a nuestros capitanes, mientras que ellos se ríen de los suyos y les gastan bromas. Toda la autoridad de su jefe se encuentra en su lengua, pues es tan poderoso en tanto sea elocuente, e incluso si se matase a sí mismo hablándoles y arengándoles, no le harían caso a menos que complaciera a los salvajes”.

«[...]Tras proseguir comentando lo escandaloso que era que incluso los asesinatos quedaran impunes, el buen padre no tiene más remedio que admitir que, como modo de garantizar la paz, el sistema de justicia wyandot no era ineficaz. A decir verdad, funcionaba sorprendentemente bien. **En lugar de castigar a los culpables, los wyandot insistían en que todo su clan, o linaje, pagase una compensación.** Hacían que la responsabilidad de mantener a los niños bajo control recayese sobre todos. **“No es el culpable quien sufre el castigo”, explica Lallemant, sino más bien “el público el que ha de enmendar las ofensas de los individuos”.** Si un hurón mataba a un algonquino o a otro hurón, el país entero se reunía para acordar la cantidad de regalos que se debía a los familiares del fallecido, “a fin de detener la venganza que pudiera darse”. Los “capitanes” wyandot, sigue describiendo Lallemant, “instan a sus súbditos a proporcionar lo necesario; no se obliga a nadie a hacerlo, sino que quienes lo desean traen públicamente aquello con lo que quieren contribuir; pareciera que compiten unos con otros, por la cantidad de su riqueza, como si el deseo de gloria y de aparentar generosidad para el bien común les urgiera a hacerlo así en ocasiones”. Más notable aún es, acepta, que **“esta forma de justicia sujeta a todos estos pueblos, y parece más efectiva para reprimir desórdenes que el castigo personal a los criminales en Francia”, pese a ser “un procedimiento muy blando, que permite a los individuos tal margen de libertad que no se someten a ninguna ley ni obedecen más impulso que el de su voluntad”.**»

«Las Relaciones jesuitas están llenas de este tipo de cosas: los misioneros, escandalizados, informaban con frecuencia de que se consideraba **que las mujeres americanas disponían plenamente de sus cuerpos, y que, por ello mismo, las mujeres solteras tenían libertad sexual y las casadas podían divorciarse a voluntad. Esto, para los jesuitas, era una atrocidad.** Tal conducta pecaminosa, creían, era una extensión de un principio más general de libertad, arraigado en disposiciones naturales, que ellos consideraban inherentemente perniciosas. La «maldita libertad de los salvajes», insistía uno, era el mayor impedimento para «someterlos al yugo de la ley de Dios». Incluso hallar términos en las lenguas indígenas a los que traducir palabras como señor, mandamiento u obediencia resultaba extraordinariamente difícil; explicar los conceptos teológicos subyacentes era casi imposible.»

«En otras palabras, estamos aquí ante **las conocidas críticas a la sociedad europea a las que ya los misioneros se tuvieron que enfrentar (la continua hostilidad, la falta de ayuda mutua, la ciega sumisión a la autoridad),** pero con un elemento nuevo: la organización de la propiedad privada. Lahontan prosigue: **“Creen que es inexplicable que un hombre tenga más que otro, y que se respete más a los ricos que a los pobres. En resumen, dicen que el apodo de salvajes, que nosotros les ponemos a ellos, se nos aplicaría mejor a nosotros,** dado que nada hay en nuestras acciones que comporte siquiera la semblanza de sabiduría”. **Los aborígenes americanos que tuvieron la oportunidad de observar la sociedad francesa de cerca se fijaron en una diferencia clave con respecto a la suya;** una que, de otro modo, no habría resultado evidente. Mientras que en sus propias sociedades no había un modo

obvio de convertir la riqueza en poder sobre los demás (con la consecuencia de que las diferencias en riqueza no tenían efectos sobre la libertad individual), en Francia la situación no podría haber sido más diferente. **El poder sobre posesiones podía traducirse directamente en poder sobre otros seres humanos**».»

«**Hoy en día damos por supuesto que son en gran parte los adscritos a la izquierda política los que hablan del “mito del noble salvaje”,** y que toda narración europea antigua que idealiza pueblos lejanos o les atribuye, siquiera, opiniones inteligentes es tan solo una proyección idealizada de fantasías europeas sobre personas cuyos autores nunca comprendieron de verdad. Tanto el trato denigrante y racista al salvaje como la ingenua celebración de la inocencia del salvaje se perciben como dos caras de la misma moneda imperialista. **No obstante, al principio esta era una posición de derecha,** como explica Ter Ellingson, el antropólogo contemporáneo que más a fondo ha explorado este tema. Ellingson llegó a la conclusión de que nunca hubo un mito del “noble salvaje”; al menos, no en el sentido del estereotipo de sociedades sencillas que vivían en una época de feliz inocencia primordial. Más bien, **las narraciones de viajeros suelen proporcionar una imagen mucho más ambivalente, y describen las sociedades ajenas como una mezcla complicada, a veces incoherente (para ellos) de virtudes y vicios.**»

PROPIEDAD VERSUS LIBERTAD

«**Cuando nuestros ancestros, escribió Rousseau, tomaron la fatal decisión de dividir la tierra en parcelas de propiedad individual,** y crearon estructuras legales para proteger sus propiedades y gobiernos para obligar a cumplir esas leyes, **imaginaban que estaban creando los medios para conservar su libertad. En realidad, “corrieron al encuentro de sus cadenas”.** Es una imagen potente, pero no queda claro a qué creía Rousseau que se parecería esta libertad perdida; sobre todo si, como insistía, toda relación humana, incluso aquellas de ayuda mutua, es inherentemente una restricción a la libertad. No resulta sorprendente que acabe imaginando una época puramente imaginaria en la que todos los individuos vagabundean solos en los bosques; más sorprende, quizá, que su mundo imaginario haya acabado definiendo, tan a menudo, el arco de nuestros propios horizontes.»

LOS MODELOS GRIEGOS DE DEMOCRACIA

«**La antigua democracia ateniense, por poner solo un ejemplo, se basaba en la igualdad política entre sus ciudadanos** — incluso si estos constituían solo entre el 10 y el 20 por ciento de la población total— **en el sentido de que todos tenían el mismo derecho a participar en la toma pública de decisiones.** Se nos ha enseñado a considerar esta idea de igualdad de participación cívica como un hito del desarrollo político, revivido y expandido unos 2.000 años más tarde (para ser sinceros, los sistemas políticos denominados “democracias” en la Europa del siglo XIX no tenían casi nada en común con la antigua Atenas, pero eso ahora mismo no importa). Lo que sí importa es que en la época, **los intelectuales atenienses,** la mayoría de ellos pertenecientes a la aristocracia, tendían a considerar toda esta disposición como algo un poco cursi, y la mayoría de ellos **preferían el sistema de gobierno de Esparta, dominada por un porcentaje incluso más pequeño de la población, que vivía en su totalidad del trabajo de sus siervos.**»

«Los ciudadanos espartanos, por su parte, se referían a sí mismos como los *Homoioi*, un término que puede traducirse como “los iguales” o “los que son igual”: todos pasaban por el mismo riguroso entrenamiento militar; adoptaban el mismo desdén arrogante por los lujos afeminados y por la idiosincrasia individual; comían en cantinas comunales y pasaban la mayor parte de su vida entrenándose para la guerra.»

CÓMO LOS HUMANOS ACEPTAN LA JERARQUÍA

«Boehm, arqueólogo evolutivo especializado en primates, sostiene que, si bien los humanos poseen una tendencia instintiva a la conducta dominadora-sumisa, sin duda heredada de nuestros ancestros simios, lo que distingue a las sociedades humanas es nuestra capacidad de tomar la decisión consciente de no actuar de esa manera. Mediante un minucioso trabajo realizado a través de narraciones etnográficas de bandas recolectoras igualitarias existentes en África, Sudamérica y el sudeste asiático, Boehm identifica toda una panoplia de tácticas colectivamente usadas para bajar los humos a los posibles abusos y fanfarrones: ridiculizarlos, avergonzarlos, desdeñarlos (y, en el caso de sociópatas reincidentes, a veces el asesinato, sin más), ninguna de las cuales tiene parangón entre otros primates.»

«Tan solo con el comienzo de la agricultura, sugiere, acabamos adoptando la jerarquía. Antes de hace 12.000 años, insiste Boehm, los humanos éramos básicamente igualitarios, viviendo en lo que él denomina “sociedades de iguales, y fuera de la familia no había dominadores”. De modo que, según Boehm, durante unos 200.000 años, los animales políticos escogieron vivir de una sola manera; luego, evidentemente, comenzaron a arrojarlos hacia sus cadenas y los patrones de dominación simiescos reaparecieron. La solución a la batalla entre “halcones hobbesianos y palomas rousseauianas” parece ser esta: nuestra naturaleza genética es hobbesiana, pero nuestra historia política es casi exactamente la descrita por Rousseau.»

CARACTERÍSTICAS DE UNA SOCIEDAD IGUALITARIA

«Si todas las sociedades se articulan en torno a ciertos valores clave (riqueza, piedad, belleza, libertad, conocimientos, proezas bélicas), en ese caso, las sociedades igualitarias son aquellas en las que todo el mundo (o casi todo el mundo) está de acuerdo en que los valores más importantes deberían ser y, hablando en términos generales, son distribuidos de un modo equitativo. Si lo que se considera más importante en la vida es la riqueza, en tal caso todo el mundo es más o menos igual de rico. Si aprender es lo más importante, todo el mundo posee el mismo acceso al conocimiento. Si lo más importante es la relación personal con los dioses, una sociedad es igualitaria si no hay sacerdotes y todo el mundo tiene igual acceso a lugares de culto.»

SOBRE LA ESCLAVITUD

«Dado que este libro trata sobre todo de la libertad, nos parece apropiado colocar el límite un poco más a la izquierda de lo habitual, y explorar la posibilidad de que los seres humanos tengan más peso colectivo sobre su destino de lo que normalmente damos por sentado. En lugar de definir a los habitantes indígenas de la costa del Pacífico de Norteamérica como agricultores “incipientes” o como ejemplos de complejidad “emergente” —lo que, en realidad, es una manera actualizada de decir que “corrían al encuentro de sus cadenas”—,

hemos explorado la posibilidad de que hubieran estado procediendo con los ojos (más o menos) abiertos, y hemos hallado muchas pruebas de que así era.

La esclavitud, hemos sostenido, se convirtió en algo común en la Costa Noroeste en gran parte debido a que una aristocracia ambiciosa se vio incapaz de reducir a sus súbditos libres a mano de obra confiable.»

«Los orígenes de la esclavitud se encuentran en la guerra. Pero allá donde la encontramos, la esclavitud es, al principio, una institución doméstica. Puede que jerarquía y propiedad deriven de nociones de lo sagrado, pero las formas más brutales de explotación tienen origen en las más íntimas de las relaciones sociales: como perversiones de la crianza, el amor y los cuidados. No son orígenes que se hallen en el gobierno. Las sociedades de la Costa Noroeste carecían de nada que pudiera calificarse ni remotamente como gobierno general; lo más parecido que poseían eran los comités de organización de los bailes de máscaras anuales. En lugar de ello, hallamos una infinita sucesión de grandes casas comunales, cada una de ellas con su diminuta corte centrada en una familia poseedora de títulos nobiliarios; los comunes afiliados a ellas y sus esclavos personales. Incluso el sistema de rangos hacía referencia a divisiones dentro de la casa familiar.»

«La dominación surge primero en la escala más íntima, la doméstica. Las políticas igualitarias autoconscientes surgen para evitar que esas relaciones se extiendan más allá de esos pequeños mundos y desborden la esfera pública (que a menudo, en este proceso, se concibe como una esfera exclusiva para hombres adultos). Este es el tipo de dinámicas que culminan en fenómenos como la antigua democracia ateniense. Pero sus raíces probablemente se remontan a mucho más atrás en el tiempo, a mucho antes del advenimiento de las sociedades agrícolas y ganaderas.»

LOS ORÍGENES DEL ESTADO

«La búsqueda de los “orígenes del Estado” lleva tanto tiempo activa, y constituye un debate tan acalorado como la búsqueda de los “orígenes de la desigualdad”; en muchos aspectos, constituye el mismo tipo de misión imposible. Hoy en día se acepta, en términos generales, que casi todo el mundo vive bajo la autoridad de un Estado; de igual modo, existe el sentir más o menos generalizado de que **sistemas del pasado como el Egipto faraónico, la China de los Shang, el Imperio inca o el reino de Benín cuentan como estados o, al menos, como “estados arcaicos”.**»

«Pero tal vez el primer intento de una definición sistemática lo llevó a cabo el filósofo alemán Rudolf von Ihering, quien, a finales del siglo XIX, **propuso que el Estado debía definirse como toda institución que reclame el monopolio sobre el uso de la fuerza coactiva dentro de un territorio** (esta definición ha acabado identificándose con el sociólogo Max Weber). Bajo esta definición, **un gobierno es Estado si reclama cierta franja de territorio e insiste que, dentro de sus fronteras, es la única institución cuyos miembros pueden matar personas, golpearlas, mutilar partes de su cuerpo o encerrarlas en jaulas;** o, como subrayaba Von Ihering, decidir quién más tiene el derecho a hacerlo en su nombre.»

«Los marxistas ofrecían una: sugerían que los estados hacen su primera aparición en la historia para proteger a la gente de una emergente clase gobernante. En cuanto uno tiene un grupo de gente que vive rutinariamente del trabajo de otros, dice esta argumentación, creará necesariamente un aparato para gobernar, oficialmente para proteger sus derechos

de propiedad, pero en realidad para preservar su privilegio (una línea de pensamiento muy en la tradición de Rousseau). Esta afirmación devolvía a Babilonia, Atenas e Inglaterra al redil del Estado, pero introducía nuevos problemas conceptuales, como la definición de explotación. Por otra parte, **los liberales la aborrecían, puesto que excluía toda posibilidad de que el Estado pudiese ser una institución benevolente.**

Durante gran parte del siglo XX, los científicos sociales prefirieron definir el Estado en términos más puramente funcionales.»

«En realidad, casi todas estas formulaciones teóricas “clásicas” del último siglo tienen su origen en exactamente esta misma idea: que **toda sociedad grande y suficientemente compleja necesita un Estado.**»

«**Los estados modernos son “soberanos”: tienen el poder antaño ostentado por los reyes,** lo que en la práctica se traduce en el monopolio del uso de poder coactivo legítimo de Von Ihering dentro de su territorio. [...]En los estados modernos, **ese mismo tipo de poder se multiplica mil veces porque se combina con el segundo principio: la burocracia.** Como observó hace mucho tiempo Weber, el gran sociólogo de la burocracia, las organizaciones administrativas se basan no solo en el control de la información, sino también en “secretos oficiales” de algún tipo. Esta es la razón por la que el agente secreto se ha convertido en el símbolo mítico del Estado moderno. **James Bond, con su licencia para matar, combina carisma, secretismo y el poder de la violencia que no ha de rendir cuentas, apoyado por una enorme máquina burocrática.**»

«Más bien, **la democracia,** como la hemos acabado conociendo, **es un juego de ganadores y perdedores** que se disputa entre individuos de fortísima personalidad, **mientras los demás quedamos reducidos básicamente al papel de espectadores.**»

EL PAPEL DE LA AUTORIDAD

«A lo largo de este libro hemos tenido ocasión de hablar de **tres libertades primordiales,** aquellas que durante la mayor parte de la historia de la humanidad sencillamente se daban por supuestas: la libertad de movimiento, **la libertad de desobedecer y la libertad para crear o transformar relaciones sociales.** También hemos señalado cómo **la voz inglesa free procede de un término germánico que significa “amigo”, dado que, a diferencia de la gente libre, los esclavos no tienen amigos,** porque no pueden comprometerse ni hacer promesas. La libertad para hacer promesas es probablemente el elemento más básico y elemental de nuestra tercera libertad, así como nuestra capacidad de alejarnos físicamente de una situación difícil es el elemento más básico de la primera. En realidad, **la palabra más antigua con el significado de “libertad” registrado jamás en una lengua humana es el término sumerio ama(r)-gi, que significa literalmente “regresar a la madre”,** porque los reyes sumerios emitían periódicamente decretos de anulación de deudas, que cancelaban todas las deudas no comerciales y en algunos casos permitían a aquellos mantenidos como peones por deudas en casa de sus acreedores regresar a casa con su familia.»

«Sencillamente se da por sentado, en este tipo de teoría, que **una vez que las sociedades hayan crecido en escala, necesitarán, en palabras de Robin Dunbar, “jefes que dirijan y una fuerza policial que se asegure de que se hace caso de las normas sociales”;** o, como dice Jared Diamond, “las grandes poblaciones no pueden funcionar sin líderes que tomen las decisiones, sin ejecutivas que las pongan en práctica y sin burócratas que administren

las resoluciones y leyes”. Dicho de otro modo, **si quiere usted vivir en una sociedad a gran escala, necesita un soberano y una administración.** Se da más o menos por sentado que es necesario algún tipo de monopolio de la fuerza coactiva (nuevamente la capacidad de amenazar a alguien con armas) a fin de lograr esto. A su vez, se da por sentado, invariablemente, que **los sistemas de escritura se desarrollaron al servicio de impersonales estados burocráticos, consecuencia de todo este proceso.»**

«La etnografía nos demuestra también que **los reyes no suelen contentarse con la idea de ser una presencia esporádica en las vidas de sus súbditos.** Incluso los gobernantes de reinos que nadie describiría como un estado, como los reth de los shilluk o los gobernantes de los pequeños principados en Java o Madagascar, intentaban insertarse en los ritmos de la vida cotidiana insistiendo en que nadie podía pronunciar un juramento, casarse o incluso saludarse sin invocar su nombre. De esta manera **el rey se convertía en el medio necesario por el cual sus súbditos establecían relaciones entre sí, en gran parte del mismo modo en que los jefes de Estado insisten en poner sus caras en el dinero.»**

«[...]Cuando la gente habla de las “civilizaciones arcaicas” se refieren sobre todo a las sociedades que hemos estado describiendo en este capítulo y a sus sucesoras inmediatas: el Egipto faraónico, el Perú incaico, el México azteca, la China de los Han, la Roma imperial, la Grecia clásica u otras de cierta escala y monumentalidad. Todas estas eran **sociedades profundamente estratificadas, sujetas sobre todo por un gobierno autoritario, por violencia y por la subordinación radical de la mujer.** El sacrificio, como ya hemos visto, es la sombra que acecha tras este concepto de civilización: el de nuestras tres libertades fundamentales y el de la vida misma, siempre en nombre de algo inalcanzable, sea un ideal de orden mundial, el Mandato Celestial o bendiciones de dioses insaciables.»

EL ORIGEN DE TODO

«Comenzamos señalando que **investigar los orígenes de la desigualdad implica necesariamente crear un mito, una caída en desgracia,** una transposición tecnológica de los primeros capítulos del libro de Génesis que, en la mayoría de las versiones contemporáneas, toma la forma de una narración mítica desprovista de toda posibilidad de redención. [...] **La única teoría alternativa que se ha ofrecido hasta la fecha ha sido asumir que no hay orígenes de la desigualdad, porque los humanos somos por naturaleza seres malvados,** y nuestros orígenes fueron un asunto violento y a menudo miserable, en cuyo caso, progreso o civilización —impulsados, en general, por nuestra naturaleza egoísta y competitiva— constituían siempre una redención. **Esta opinión es extraordinariamente popular entre multimillonarios,** pero resulta poco atractiva para todos los demás, incluidos los científicos, que son plenamente conscientes de que no encaja con los hechos.»

«Estos debates del siglo XIX entre radicales y reaccionarios en realidad nunca se apagaron; siguen resurgiendo bajo formas diferentes. **Hoy en día, por ejemplo, quienes se sitúan a la derecha tienden a verse a sí mismos como defensores de los valores de la Ilustración, mientras que quienes se sitúan a la izquierda se consideran sus más ardientes críticos.** Pero, a lo largo de la discusión, ambas partes han acabado por coincidir en un punto crucial: que hubo, en efecto, algo llamado “Ilustración”; que marcó una ruptura fundamental en la historia humana, y que las revoluciones americana y francesa fueron, en cierto sentido, consecuencia de esta ruptura. La Ilustración, se considera, introdujo una posibilidad que

sencillamente no había existido antes: la de proyectos conscientes de remodelado de la sociedad según un ideal racional. Es decir, un elemento de genuina política revolucionaria. [...]Las sociedades previas a la Ilustración, o eso asegura esta argumentación, eran sociedades “tradicionales”, basadas en la comunidad, el estatus, la autoridad y lo sagrado. Eran sociedades en las que los seres humanos no actuaban, en última instancia, por sí mismos, ni individual ni colectivamente. Más bien eran esclavos de la costumbre; en el mejor de los casos, agentes de inexorables fuerzas sociales que proyectaban sobre el cosmos en forma de dioses, ancestros y otras potencias sobrenaturales. Se suponía que **solo los pueblos modernos, posteriores a la Ilustración, tenían la capacidad de intervenir conscientemente en la historia y cambiar su curso**; en esto, de repente, todo el mundo parecía coincidir, sin importar cuán virulentamente en desacuerdo estuvieran acerca de si se trataba de una buena idea o no.»

Ariel

Para ampliar información, contactar con:

Erica Aspas. Responsable de comunicación Área Ensayo
689 771 980 - easpas@planeta.es